

OS LLAMO AMIGOS, NO SIERVOS (5 ESTRELLAS)

Introducción. Llevo unos días con esta cita en la cabeza y en el corazón. La vivencia tan diferenciada en afrontar la vida con actitud de sentirme amigo, saberme hijo, de estar en casa. O por el contrario vivir como siervo, como esclavo, como invitado. Sintiendo observado, vigilado, examinado. Estar habitados por la paz que nos regala el resucitado, o por el contrario vivir en la inquietud, en el temor, que se va arraigando en lo profundo de nuestra mente y de nuestros sentimientos y nos arrastra a la tristeza. Qué agobio tan profundo el de quien, en todo lo que vive siente que le están examinando. Es la petición constante de “ponme 5 estrellas en la valoración”. La amistad, con los verdaderos amigos, no te sientes examinado, sino acogido y comprendido, nos enseña a complacernos en las diferencias. La solidaridad humana es la realización de nuestra capacidad de amistad, que supera todos los límites. La solidaridad humana, por tanto, significa mucho más que superar la desigualdad. Significa crear un modo común de significado.

«Cuantos se dejan llevar del Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y no habéis recibido un espíritu de esclavos, para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos que nos permite clamar Abba, Padre. El Espíritu atestigua a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Si somos hijos, también somos herederos: herederos de Dios, coherederos con el Mesías; si compartimos su pasión, compartiremos su gloria. Estimo que los sufrimientos del presente no tienen proporción con la gloria que se ha de revelar en nosotros» (Rom 8,14-18).

La palabra española alegría procede de un vocablo latino que parece que al principio se aplicaba a los animales, especialmente a los caballos. «*Alacer equus*» era un caballo vivaz, enérgico, estimulado, un caballo que está rebosante de vida, que da brincos y coces. Y nuestra alegría cristiana es el comienzo de nuestra participación en la vida de Dios. La alegría de Dios no es una emoción divina, sino que es Dios en cuanto Dios, el «Yo soy» con quien Moisés se encontró en el desierto. Se describe la alegría de Dios como la euforia con que un caballo galopa libremente por la pradera. Así nos quiere Dios.

Lo que Dios nos dice. «Os he dicho esto para que participéis de mi alegría y vuestra alegría sea colmada. Éste es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os amé. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos porque el siervo no sabe lo que hace el amo. A vosotros os he llamado amigos porque os comuniqué cuanto escuché a mi Padre. No me elegisteis vosotros; yo os elegí y os destiné a ir y dar fruto, un fruto que permanezca; así, lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo concederé» (Jn 15,11-16).

La vivencia del amigo es que todo lo que hace le sale de la espontaneidad que nace del amor. No acoge por obligación, o llama, o visita, o escucha, o habla, o aconseja, por cumplir un deber. Sino que le nace de lo profundo de su voluntad y de su libertad. Esta alegría debería revolucionar nuestros días y nuestras celebraciones, como cuando David bailó ante el arca:

«Alabadlo al son de trompetas, alabadlo con arpas y cítaras, alabadlo con danzas y tambores, alabadlo con laúdes y flautas, alabadlo con címbalos sonoros, alabadlo con címbalos vibrantes. ¡Que todo viviente alabe al Señor!» (Sal 150,3-6).

Por desgracia, a la celebración habitual de las eucaristías y sobre todo la dominical le falta entusiasmo. Y en nuestros días más corrientes también. Necesitamos de estímulos que nos devuelvan la pasión. A diferencia de lo que hacían en la Edad Media, los obispos ya no bailan con el clero en sus catedrales el domingo de Pascua. Esta índole festiva fue el comienzo de la predicación de Jesús, cuando convirtió el agua en vino en las bodas de Caná. Su alegría era su autoridad, incluso cuando escandalizaba a la gente por comer con pecadores. También él es nuestra autoridad primera y fundamental. Creo que el papel principal de la Iglesia es el de pronunciar palabras que levanten a las personas, que les permitan respirar. Y es muy frecuente, según mi experiencia, que las propias personas que han sufrido y han soportado un gran dolor sean las que pronuncien las palabras de vida más vigorosas.

«Jesús les contestó: Os aseguro que quien peca es esclavo; y el esclavo no permanece siempre en la casa, mientras que el hijo permanece siempre. Por tanto, si el Hijo os da la libertad, seréis realmente libres» (Jn 8,34-36).

Cómo podemos vivirlo. Dios es el único que nos sostiene con palabras de vida, con palabras que dan la vida. La vocación de los bautizados es pronunciar palabras buenas, palabras que curan y que bendicen. Estamos llamados a purificar completamente las palabras de su veneno implícito, de las pequeñas metáforas inútiles que se insinúan sin darnos cuenta en nosotros. Las palabras de bendición más hermosas son, a buen seguro, las de perdón. No anulan el pasado, sino que son las palabras fecundas de Dios que pueden hacer refloreecer incluso el desierto de nuestras vidas.